



# ESTO Y AQUELLO,

DRAMA-SAINETE DE COSTUMBRES.

EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

COPIADO DEL NATURAL,

POR

D. JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.

—

~~~~~

Precio: 8 reales.

~~~~~

MADRID:

IMPRESA DE PEDRO ABIENZO,  
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

—  
1873.

10



# UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY

1285 DAVENPORT ST.

TORONTO, CANADA

UNIVERSITY OF TORONTO

1950

10

10

# ESTO Y AQUELLO,

DRAMA-SAINETE DE COSTUMBRES,

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

COPIADO DEL NATURAL,

original

DE

**D. JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.**

REPRESENTADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO  
SALON ESLAVA, EL DIA 5 DE FEBRERO DE 1873.



MADRID:

IMPRESA DE PEDRO ABIENZO,

CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

—  
1873.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

PAULINA.....	SRTA. VEDIA.
JUANA.....	SRA. CARRION.
EMILIA.....	
MELITONA.....	ARTIGUES.
D. PEDRO DE PACHECO.	SRES. MARISCAL.
LUIS.....	
EL TIO BLAS.....	MARTINEZ.
SEÑOR SEVERO.....	
FLORENCIO.....	LOPEZ.
RICARDO.....	
ROSENDO.....	MESEJO.
CARLOS.....	
UN ALDEANO.....	RIAZA.
UN CRIADO.....	

*Aldeanos y aldeanas.*

*La accion del primer acto pasa en un pueblo de Aragon en 1810, y la del segundo en Madrid, época actual.*

Esta obra es propiedad de Doña A. de L., y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El SR. HIDALGO es el exclusivo encargado del cobro de los derechos de representacion.

---

# ACTO PRIMERO.

---

Sala baja en casa de un labrador acomodado.—Puerta al foro y dos á la derecha del actor.—Sobre la primera una imágen de la Virgen alumbrada por una lámpara.—Sobre la otra un escudo de armas.—A la izquierda del actor un hogar con leña ardiendo.—En el centro una gran mesa de nogal con algunos libros en pergamino y un gran tintero de bronce con plumas de ave.—Varios sálones de baqueta.

Al levantarse el telon aparecen, D. PEDRO sentado junto á la mesa leyendo en un libro en alta voz, JUANA cosiendo, al hogar, y junto á esta MELITONA hilando.—Introduccion por la orquesta.

## ESCENA PRIMERA.

JUANA, MELITONA y D. PEDRO.

D. PED. (Leyendo.) «Dichoso es el hombre que se com-  
padece y da prestado al pobre, y que dis-  
pensa sus palabras con discrecion; porque  
este jamás resbalará.

»El justo vivirá eternamente en la memo-  
ria de Dios y de los hombres; no temerá al  
oir malas nuevas.

»Derramó á manos llenas sus bienes entre  
los pobres; su justicia permanece eterna-  
mente; su fortaleza será exaltada con glo-  
ria.» (Cierra el libro y le deja sobre la mesa.)

Es así; la caridad,  
ejercida con acierto,  
dá goces en este mundo

- y en el otro un bien eterno.
- JUANA. Tal enseñóme mi madre,  
que de Dios duerma en el seno,  
y por eso la practico  
siempre que ocasion encuentro.
- D. PED. Muy bien, y si tal no hicieras  
no gozaras de mi afecto,  
que es grande.
- JUANA. (Abrazándole.) Padre, lo sé.
- D. PED. Permite que imprima un beso  
sobre tu cándida frente. (La besa.)
- JUANA. ¡Padre mio!
- MEL. Y dos, y ciento,  
que la rapaza merece  
eso y más.
- JUANA. Padre es muy bueno.  
y los malos cerca de él  
no pueden tener asiento.
- MEL. A tal *pater* tales *filius*,  
como dice el Evangelio  
ó... yo no sé quién lo dice,  
pero es el caso que es cierto.
- D. PED. ¡Bueno! Segun; no soy malo  
si con otros me cotejo,  
pero si bueno no soy  
pongo los medios para ello.
- JUANA. ¿No amais á Dios?
- D. PED. Sí, le adoro.
- JUANA. ¿Y á mí?
- D. PED. Con un amor ciego.
- JUANA. ¿Y al prógimo?
- D. PED. Como á tí  
y como á mí.
- MEL. Segun eso.  
gozo de vuestro cariño,  
pues por prógima me cuento.
- D. PED. Sí á fé.
- MEL. Don Pedro, es usted...  
¡es usted mucho don Pedro!
- D. PED. Amor es el dulce lazo  
que encadena al mundo entero,

raudal de paz y ventura  
 que brota al pié del excelso  
 trono del Señor, y luz  
 y vida del universo.  
 Si por su amor nos creó  
 Dios; si por su amor extremo  
 y redimirnos, murió  
 enclavado en un madero,  
 ¿no es justo que miserables  
 criaturas, tambien demos  
 nuestro amor á los que son  
 en el mundo hermanos nuestros?  
 ¡Ay de aquel, hija querida,  
 que despreciando el acento  
 del que implora por amor  
 de Dios, no presta consuelo  
 al afligido! Sus horas  
 cumplidas serán, y luego  
 verá, si á la caridad  
 cerró inhumano su pecho,  
 que al morir, tambien cerradas  
 halla las puertas del cielo.

MEL. Y los harán un toston  
 en los profundos infiernos,  
 como dice un cotidiano  
 que envuelto en un pañizuelo  
 tengo en el fondo del arca  
 que heredé de mis abuelos.

D. PED. Melitona.

MEL. Hable el señor.

D. PED. Enciende ese belon presto.

(MELITONA enciende el belon.)

MEL. Ya está. Alabado sea el  
 Santísimo Sacramento. (En tono de rezo.)

JUANA. { Por siempre alabado, amen.

D. PED. }

MEL. *Et mater Reginam celo.* (En tono de rezo.)  
 Buenas noches.

JUANA. Buenas noches.

D. PED. Y mal latin.

MEL. Pues yo creo...

D. PED. *Celi* debiste decir. (Pausa.)

Atiza bien ese fuego,  
que la lluvia me ha calado  
esta tarde hasta los huesos,  
y deseo calentarme. (Se acerca al hogar.)

JUANA. Y ahora que hablamos de eso,  
diga el señor padre, y  
perdone mi atrevimiento.  
¿Por qué habiendo estado toda  
la tarde fria y lloviendo,  
á pié y mojándose ha ido,  
como un humilde romero,  
por ese desierto valle  
y esos encumbrados cerros?

D. PED. Hija mia, era preciso.  
El tio Andrés, el ganadero,  
me esperaba para hacer  
la escritura de un majuelo  
que le he comprado y de un monte  
y un prado, los cuales quiero  
darte en dote, con los bienes  
que de tu madre conservo.

(JUANA baja la vista.)

Sí, tal es mi voluntad...  
y no quiero que en el pueblo  
digan, si hubo mala dote  
la única hija de Pacheco.

JUANA. (Entrecortada.)

Ah, señor! Tanta bondad!...

D. PED. Hija, cumplo como debo.

MEL. Y como al fin, de la piel  
ha de salir el pandero,  
como dice... Ah! me olvidaba!  
Han estado los renteros  
á satisfacer los plazos  
vencidos de los arriendos,  
pero como usted no estaba...

D. PED. No habrás tomado el dinero.  
Desgraciados! Sin cosecha...

JUANA. Tambien ha estado Rosendo  
esta tarde, y me ha traído



de violetas un cesto  
que en el bosque ha recogido.

D. PED. Y dónde están? No las veo.

JUANA. No las tomé, hasta que diérais,  
señor, vuestro asentimiento.

D. PED. Hiciste bien, mas si vuelve  
acéptalas. Fuera feo  
desairases á ese pobre.

JUANA. (Con pena.)

¡Pobre! sí. ¡Mucho lo siento!  
¡Esta tarde el infeliz  
miraba con un anhelo  
el pan que habia en la mesa!  
Estaba tan macilento!  
Tenia una cara de hambre!...  
que yo de muy buen deseo  
se le hubiera dado todo.

D. PED. Hija, pues haberlo hecho.

JUANA. Le dí no más la mitad  
y un pedacito de queso.  
Como dice la doctrina  
«dar de comer al hambriento.»

D. PED. ¡Bien, muy bien!

JUANA. Tambien le dí  
un traguito de lo añejo.

D. PED. Eso ya no está tan bien.

JUANA. Es que, si mal no recuerdo,  
tambien la doctrina dice  
«dar de beber al sediento.»

MEL. Tanta prisa á dar se dió,  
que si yo no doy en ello,  
á fuerza de dar y dar  
nos deja á todos encueros.

(Oyese una campanillada. Las tres personas se arrodillan. Toca la campanilla tress veces, pero más lejos las dos últimas. JUANA, MELITONA y D. PEDRO se levantan.)

D. PED. Son las santas cofradías  
de Animas y del Rosario.  
Por los difuntos oremos;  
Dios los tenga en su descanso.

(Momento de silencio. Los tres se arrodillan. Despues oyéndose dos aldabonazos.)

Vé, Melitona, quién llama.

(Sale puerta foro y vuelve en seguida.)

MEL. Señor, el tío Blas Manzano.

D. PED. Dirás el señor alcalde.

MEL. Es verdad, lo había olvidado.

## ESCENA II.

Dichos y el Tío BLAS.

BLAS. El señor sea alabado.

D. PED. El venga en su compañía.

BLAS. ¡Caramba! ¡No pasadía  
por usted! ¡Qué remozado!  
¡Y la rapaza? ¡Qué erguida!  
¡Si está hecha una mocetona!  
¡Y usted, doña Melitona?

MEL. Vamos pasando la vida.

BLAS. Pero ogaño, ó yo me engaño  
ó está usted mucho mejor.

MEL. Gracias á Dios, sí señor,  
me encuentro mejor ogaño.

BLAS. Nunca en valde el tiempo pasa.

(D. PEDRO hace seña á JUANA y MELITONA para que  
se vayan. Vánse por la izquierda.)

D. PED. ¿Y no podemos saber  
á qué se debe el placer  
de verle en esta su casa?

BLAS. Antes, sed franco conmigo;  
¿he venido á incomodar?

D. PED. (Indicándole que se siente.)  
Puede sentarse en mi hogar  
el alcalde y el amigo.

BLAS. (Quisiera hablarle y no sé  
cómo empezar el relato;  
yo diría, al agua pato,  
pero...)

D. PED. ¿No se sienta usted?

BLAS. No le dijera que no,  
más tal honra á un aldeano...

D. PED. Al amigo doy la mano; (Se la dá.)

aquí el honrado soy yo.

BLAS. ¡Señor!... (Con agradecimiento.)

D. PED. Además es ley,  
y nunca la aprendí en valde,  
que al recibir al alcalde  
recibo en mi casa al rey.

(El Tío BLAS se inclina, respetuosamente, y toma asiento en el hogar.)

### ESCENA III.

DON PEDRO y el Tío BLAS.

D. PED. (Después de un momento de pausa.)  
Hable el alcalde.

BLAS. (Muy cortado.) A fé mia  
que... (Vamos, nada sospecha.)  
Pues... dicen que la cosecha  
va á ser de mayor cuantía.

D. PED. Plegue á Dios.

BLAS. Yo lo imagino,  
y otros lo afirman.

D. PED. Amen.

BLAS. La del trigo vá muy bien,  
y promete la del vino.  
Cargadas están de fruto  
las cepas, y á mi entender,  
no se tendrán que poner  
los taberneros de luto.

D. PED. Mas vale así.

BLAS. Sí... es mejor...  
Pues señor... (Como si no se atreviera.)

D. PED. Ya estoy atento.

BLAS. (Vamos, si no hablo reviento.  
Y ello es fuerza.) Pues señor...  
(¡Esta pícara cabeza!)

D. PED. Le tendrá muy ocupado  
la elección de diputado.

BLAS. Es verdad. (El mismo empieza.)  
Hoy vamos á dar un paso...

D. PED. ¡Muy grave!

BLAS. Seguramente;

porque hay gente, en fin, hay gente  
que no sirve para el caso.

Para saltar una barda  
se requiere mucho brío.

Aunque rudo, yo me guio  
por mi gramática parda.

El francés anda á la sopa,  
el rey mal aconsejado...

y para ser diputado  
hay que tentarse la ropa.

D. PED. Es verdad; ese es el hecho.

BLAS. Conviene que el pueblo nombre  
por su diputado, á un hombre...

á un hombre de pelo en pecho.

Para este caso, señor,  
se necesita lo mismo

un poco de patriotismo  
y un mucho más de valor.

Patriotismo, para dar  
leyes sábias algun dia,

y luego mucha energía  
para hacerlas respetar.

España así verá pronto  
que no ha trabajado en valde.

D. PED. (Vamos, veo que el alcalde  
no tiene pelo de tonto.)

Ese es hoy el interés

del país, que en cruda guerra

no tiene un palmo de tierra

sin la sombra de un francés.

Sus águilas y pendones

abatir pronto debemos.

BLAS. Es verdad. Aquí tenemos  
de sobra con los gorriones.

No es bien que nuestras querellas  
arregle con malos modos

un rey, á quien llaman todos

el señor Pepe Botellas.

Vuelva al extranjero y mande,

si es que en mandar tiene empeño,

porque es un rey muy pequeño

para una nacion tan grande.  
 Aquí pica mucho el sol,  
 y es muy dura nuestra ley,  
 para tolerar á un rey  
 que no sepa el español.  
 Que es gente mala y aviesa,  
 la misma copla lo esplica,  
 porque dice Pilarica  
 «que no quiere ser francesa.»  
 Si la Virgen del Pilar  
 habla así con interés,  
 ¡fuego en el aragonés  
 que se quiera afrancesar!

D. PED. Por eso, aquel que se nombre  
 en Córtes procurador,  
 necesita...

BLAS. Sí, señor;  
 necesita ser un hombre.  
 Aquí los hay... es probado;  
 yo, por ejemplo, algo adusto,  
 ni me enojo, ni me asusto  
 de meterme en un fregado.  
 Con la vara de la ley,  
 y envuelto en mi capa burda,  
 no hay quien mi valor aturdá,  
 desde el mendigo hasta el rey.  
 Sin embargo, ¡cosa rara!  
 hoy tengo que confesar,  
 que estoy temblando, á pesar  
 de mi capa y de mi vara.

D. PED. ¿Temblando?

BLAS. No desatino.

D. PED. No comprendo...

BLAS. El caso es llano;  
 tengo que moler el grano

(Dándose una palmada en la frente.)

y no hay agua en el molino.

D. PED. Pues...

BLAS. Volviendo á la eleccion...

D. PED. (El alcalde está turbado.)

BLAS. (No sé por qué me he encargado

de tan mala comision.)

D. PED. (¡A qué viene esa tibieza!)  
¡Usted traerá algun objeto!

BLAS. Es verdad. (¡Cómo le espeto!...)

D. PED. Pues hable usted con franqueza.

BLAS. (Es capaz de rechazar  
la oferta.)

D. PED. Le escucharé.

BLAS. (Sumamente turbado y describiendo círculos en el  
suelo con la vara.)

Empiezo por decir que...

No sé por dónde empezar.

Porque... vamos al decir...

á veces una bicoca

se nos atranca en la boca...

y no hay quien la haga salir.

D. PED. ¿Mas por qué está usted turbado?

BLAS. No hay nada que á mí me asombre.

(¡Y cómo le digo á este hombre  
que es electo diputado?)

Quisiera con frases tiernas

y lenguaje muy pulido...

(Levantándose y variando el tono.)

¿Pues no se me han encogido

de estar sentado las piernas!

D. PED. Pero, alcalde, por favor... (Con estraneza.)

BLAS. Sepa usted, señor don Pedro, (Con resolucion.)

que nunca me dará medro

el oficio de hablador.

Cuando mi puño trabaja

tiembla todo aquel que me odia,

pero tocante á prosodia

estoy rapado á navaja.

Esto en un alcalde es mengua,

¡pero qué le hemos de hacer!

Yo quisiera convencer

con el puño y con la lengua.

D. PED. Señor Blas, ¿qué algarabía? . .

BLAS. Pues señor... yo siento mucho...

(Vá á hablar, pero de repente se interrumpe y se dirige  
hácia la puerta.)

Hasta mañana.

D. PED. (Asombrado.) ¡Qué escucho!

BLAS. Mañana... será otro día.

D. PED. ¡Pero atienda usted!

BLAS. Mas tarde;  
por ahora nada resuelvo.

D. PED. ¡Señor Blas!

BLAS. Muy pronto vuelvo;  
don Pedro, que Dios le guarde. (Váse.)

#### ESCENA IV.

D. PEDRO, luego MELITONA.

D. PED. Pero qué es lo que le pasa?  
No lo entiendo por mi fé...  
en resúmen, aún no sé  
á lo que ha venido á casa.  
¡Nunca le ví tan turbado!  
El tenia algo que hablarme,  
y concluye por dejarme  
antes de haberse explicado.

(Aparece MELITONA atravesando la escena, y se detiene á la voz de D. PEDRO.)

Melitona.

MEL. Señor.

D. PED. ¡Vino  
Florencio en ausencia mía  
esta tarde?

MEL. ¡Cómo habia  
de intentar tal desatino!  
Tiene mucha religion,  
y no hablará á su futura  
á solas, mientras el cura  
no les dé su bendicion.

D. PED. El bien sabe merecerla.

MEL. No es de esos á quien no empacha  
el hablar á una muchacha  
al año de conocerla.  
Jóvenes, que con liviano  
pensamiento, á mi entender,



estrechan á una mujer  
 que aun no lo es suya la mano.  
 ¡La juventud nos afrenta!  
 ¡Hoy día cualquier perdido  
 sienta plaza de marido  
 antes de cumplir cuarenta!  
 ¡Fuman á más no poder,  
 gastando sus intereses!  
 ¡Esos pícaros franceses  
 nos han echado á perder!

D. PED. Florencio es chico formal.

MEL. Sí, señor; y de gobierno.

D. PED. Por eso le hago mi yerno.

MEL. No tiene un gran capital,  
 más...

D. PED. Conviene estar aquí  
 alerta.

MEL. Yo velaré.

D. PED. El diablo á veces...

MEL. Sí, á fé.

¡Digamelo usted á mí!

D. PED. Muy en breve se unirán.

MEL. Dios los haga bien casados.

D. PED. Así mis muchos cuidados  
 de este modo cesarán.  
 Carga terrible es tambien  
 un hijo, que con violencia  
 pesa sobre la conciencia  
 cuando no se lleva bien.  
 Proporciona horas amargas,  
 por más que endulce el amor  
 sus desvelos.

MEL. Sí, señor...

(Yo nunca tuve esas cargas.)

D. PED. En tierno lazo una vez  
 unida á Florencio, mi alma  
 verá abrirse en paz y en calma  
 las puertas de la vejez,  
 hasta que Dios junto á sí  
 me llame.

MEL. ¡Fiero percance!



D. PED. ¡Oh! Cuando llegue ese lance  
ya me acordaré de tí.  
Sé que tu fidelidad  
merece otro galardón.

MEL. Yo cumplo una obligación.

D. PED. No, Melitona.

MEL. Es verdad.

D. PED. Há tiempo que á tu salario  
renunciaste.

MEL. Yo lo creo.  
Si usted cumple mi deseo,  
para nada es necesario.  
Con notoria estimación  
me distingue.

D. PED. Y hago bien;  
mis ojos en tí no ven  
venalidad ni ambición.  
Con tus servicios se hermana  
el amor que has merecido;  
no olvidaré que has servido  
de madre á mi pobre Juana.  
Privada desde la cuna  
del afecto maternal,  
en tí ha encontrado otra igual,  
por su suerte y mi fortuna.  
Y es bien que yo agradecido  
te distinga en alto grado;  
debe mostrarse obligado  
quien se encuentra bien servido.

(DON PEDRO vá á salir y sedetiene aloir á MELITONA.)

MEL. ¡Ah! ¡Señor!

D. PED. ¡Qué es lo que pasa!

MEL. Vino el chico de Vicenta  
á traerle á usted la renta  
de los prados y la casa.  
Quedó en volver.

D. PED. ¡Buen Mauricio!

MEL. ¡Está de tristeza lleno!

D. PED. El año no ha sido bueno  
y habrán hecho un sacrificio.

MEL. Eso dijo.

D. PED.

Inoportunas

nunca serán sus razones;  
 porque yo coma pichones  
 no han de quedarse en ayunas. (Sale.)

## ESCENA V.

MELITONA, despues ROSENDO.

MEL.

¡Qué alma tan pura y tan neta!  
 Un hombre así es un consuelo;  
 en muriéndose, vá al cielo  
 con casaca... y con coleta.

Ros.

(Con un gran ramo de violetas.)

¡Que Dios sea en su compañía!  
 Saludo con faz risueña  
 á la más honrada dueña  
 de cuantas hay en España.

MEL.

Ya te he dicho veces mil  
 que ese nombre no me gusta,  
 ni soy dueña, ni vetusta...  
 cumplo cuarenta en Abril.  
 No me ofende ni me adula  
 mi rostro.

Ros.

¡Qué tontería!  
 Cualquiera al verla diria...  
 (que no puede con la bula.)  
 En fin, no quiero perder  
 tiempo ni causarla enojos.  
 ¡Yo he puesto en usted los ojos!

MEL.

(Qué dice este bachiller?)  
 Deja frases incompletas  
 y explicate.

Ros.

Voy al punto.

MEL.

Conque los ojos? Barrunto  
 que me traes esas violetas.

Ros.

Pues barrunta usted muy mal;  
 mi fé las dedica ufana  
 á la señorita Juana  
 (y no al pecado mortal). (Mirándola.)

MEL.

En fin, qué hablabas?

Ros. Es cierto;  
sólo usted es la persona  
que busco; una Melitona  
que ofrezca á mi nave un puerto.  
Ya vé usted que hay poesía  
en mi lenguaje.

MEL. Es verdad.

Ros. Más que en la Universidad  
se aprende en la barbería.

MEL. La señorita hizo mal  
al darte vino.

Ros. ¡Qué escucho!  
Pues yo la agradezco mucho  
su recuerdo estomacal.

Segun el texto divino,  
el pan se dá hasta el esceso.

MEL. ¿Y habla lo mismo del queso?

Ros. Sí señora, y aun del vino.  
La señorita procura  
que yo no muera estenuado,  
y debo estarla obligado,  
cumpliendo con la Escritura.  
En fin, mi lengua se suelta,  
sólo usted es la persona...

MEL. ¿Vuelta?

Ros. Doña Melitona,  
yo no la quiero á usted vuelta.

MEL. No tengo tiempo de sobra  
para escuchar tus sandeces;  
habla, ó, segun lo mereces,  
te dejo.

Ros. Manos á la obra.

En mi humilde posicion,  
me gano el pan con anhelo  
afeitando á contrapelo  
y dando mucho jabon.  
Pero aunque yo lo resista,  
y afeite á más no poder,  
¿qué es lo que llegaré á ser?  
Cirujano romancista.  
Esto mi afan no consuela,

porque á mí, señora mia,  
ni me encanta la sangria,  
ni ménos la sanguijuela.  
Tengo más noble ambicion,  
mucho más noble ¡canastos!  
porque las drogas y emplastos  
me causan indigestion.  
Yo siento aquí un torbellino

(Con la mano en la frente.)

que me inflama, me enardece,  
y siento...

MEL. Vamos, parece  
que te causa efecto el vino.

Ros. Hay algo que me desvela,  
que hace mi pena mayor...  
¡yo quiero ser!... (Con exaltacion.)

MEL. ¿Herrador?

Ros. No tal; ¡maestro de escuela!

MEL. Es loable á mi entender  
tu deseo.

Ros. A no dudar.

MEL. Pero ¿cómo has de enseñar,  
si apenas sabes leer?  
¿Cómo y dónde te presentas?...

Ros. No; yo leo como un loro,  
mas me faltan, lo deploro,  
las cuatro reglas de cuentas.  
Eso es lo que vencer quiero  
por los medios más sencillos;  
yo no reparo en pelillos.

MEL. Pues no serás buen barbero.

Ros. Si usted por mí hablar quisiera  
á don Pedro...

MEL. ¡Ave-María!

Ros. Su apoyo me prestaria  
para emprender mi carrera.  
Con este argumento *ad homine*,

(Haciendo ademan de dinero.)

como dice el sacristan,  
obtendria sin afan

una placita de dómine.  
Yo tanta condescendencia  
pagaría, de contado,  
siendo el barbero jurado  
de toda su descendencia.

MEL. Pero si esta es femenina,  
cómo has de afeitar no sé.

ROS. Entonces... enseñaré  
á sus nietos la doctrina.

MEL. ¿Y quieres que yo?.. Es ociosa,  
inútil, tu pretension.

ROS. Pues ahora está en posicion (Con misterio.)  
de hacer por mí alguna cosa.

MEL. ¿Qué dices?

ROS. Que Paco Diestro,  
por mal nombre el tío *Andana*,  
fué á pelarse esta mañana  
en casa de mi maestro.  
Y yo le oí asegurar  
que hoy nombraban diputado  
á don Pedro; está empeñado  
el pueblo, y no hay más que hablar.

MEL. ¿Y qué es lo que en ello gana?

ROS. ¡Toma, toma! ¡Qué ha de ser!  
que en siéndolo, puede hacer  
lo que le diere la gana.  
Y esta situacion patética,  
este dolor inhumano  
cesarian, si el anciano  
me comprase una aritmética.

MEL. Bien; no tengo inconveniente  
en hablarle; el amo es bueno,  
y nunca se muestra ageno  
al que pide honradamente.  
Es mucho más meritorio  
el afan que en tí se anida,  
que no que pases la vida  
en un continuo jolgorio.

ROS. Esas son mis pretensiones,  
un buen maestro. . ¡canario!  
funciona... y es funcionario

y... tiene muchas funciones.  
Haga usted esto por mí,  
se lo suplico.

MEL. Es mi intento.

ROS. Si lo consigo, reviento  
de gozo.

JUANA. (Entrando.) ¿Tú por aquí?

## ESCENA VI.

Dichos y JUANA.

ROS. (Saludándola muy cortado.)  
Señorita, yo celebro...  
es decir, tengo el placer...  
parece que su salud  
es famosa... vamos... y es...  
(yo sí que soy una acémila  
por siempre jamás amen.)

JUANA. Hombre, ya me has saludado  
esta tarde.

ROS. Lo olvidé.  
En fin, yo traigo estas flores...

JUANA. Ya tengo permiso en ley  
para aceptarlas.

ROS. Me alegro...  
¡Oh! Lo puede V. creer.  
Conque, señorita, ¿manda  
usted algo?

JUANA. Gracias.

ROS. Pues  
que pase usted buena noche...  
hasta mañana... tal vez  
dé una vueltecica luego,  
porque según yo me sé  
habrá música en la plaza.

JUANA. ¡Música!

ROS. Sí... puede ser...,  
rondalla y... en fin... lo dicho.  
Doña Melitona... (Aparte á MELITONA.)

MEL. ¿Qué?

- ROS. Confío en V.  
 MEL. Descuida,  
 serás maestro.  
 ROS. (Saliendo.) ¡Oh, placer!

## ESCENA VII.

JUANA, MELITONA y luego FLORENCIO,

- MEL. No hay chico mas tarambana  
 desde Gijon á Jerez.  
 JUANA. Me divierten sus locuras.  
 MEL. Aunque no sabe la *cé*,  
 ne es tonto; con la guitarra  
 ¡creo que tiene un *aquél!*  
 FLOR. ¡Juana mia! Buenas noches,  
 Melitona.  
 MEL. Dios le dé  
 aquello que le convenga.  
 (Vá á retirarse, JUANA la obliga á permanecer, seña-  
 lando á FLORENCIO.)  
 JUANA. No te alejes.  
 MEL. Está bien.  
 (Coge la rueca y se sienta junto al bogar.)  
 FLOR. ¿Y tu padre?  
 JUANA. Hoy ha llegado,  
 FLOR. Entonces no tardaré  
 en ver cumplido el deseo  
 que de mi pecho va á hacer  
 un alcázar de ventura,  
 un encantador eden.  
 JUANA. ¡Florencio!  
 FLOR. ¡Cuánto te adoro!  
 MEL. ¡Jesús, María y José! (Bostezando.)  
 FLOR. Es preciso que don Pedro  
 apresure sin perder  
 un instante nuestra boda.  
 JUANA. ¡Tanta premura!  
 FLOR. ¿No es  
 ese mismo tu deseo?  
 ¡O acaso con tu esquivéz

intentas martirizarme  
de una manera cruel?

JUANA. Tambien como tú lo ansío.

FLOR. Pues no lo das á entender.

JUANA. ¿Sospechas de mi ternura?

FLOR. No tal.

MEL.                    ¡Bonito papel  
hace un ama de gobierno  
en lances de este jaez!

FLOR. Digo que es preciso unirnos,  
pues tu padre vá á emprender  
un viaje de algunos meses.

JUANA. ¿Mi padre?

MEL.                    ¿El amo?

FLOR.                    Sí, á fé.

JUANA. ¡Si no nos ha dicho nada!

FLOR. Es que aun lo ignora.

MEL.                    ¡Pardiez!

El lo ignora, y usted sabe...  
Me choca á más no poder.

FLOR. Hoy procurador á Córtes  
le han nombrado.

MEL.                    ¡San Gabriel!

FLOR. Van á celebrarse en la isla  
de Leon, y su deber  
cumpliendo, partirá á Cádiz.

JUANA. ¡Mi padre!

FLOR.                    Sí.

JUANA.                    ¿Pero quién  
le ha elegido?

FLOR.                    Todo el pueblo.

MEL.                    ¡Válgame San Rafael!  
Y un procurador á Córtes,  
¿qué es lo que tiene que hacer?

FLOR. Dictar leyes que procuren  
la felicidad, el bien  
de la nacion, empezando  
al punto por defender  
la integridad del pais,  
que amenazado se vé  
por las extranjerias hordas



de ese emperador francés,  
cuyos triunfos en España  
no le han dado mucha prez.

JUANA. No aceptará, de seguro.

FLOR. Es necesario vencer  
su teson.

MEL. Cosa difícil  
en un buen aragonés.

JUANA. Aquí está.

### ESCENA VIII.

Dichos y D. PEDRO.

FLOR. ¡Señor don Pedro!...

D. PED. Florencio, á mis brazos ven. (Le abraza.)

FLOR. El aire de la montaña  
le ha probado en todo un mes  
que estuvo ausente del pueblo.

D. PED. Sin embargo, la vejez  
va sacando sus achaques.

FLOR. Hasta ahora...

D. PED. ¡Cómo ha de ser!

FLOR. Justamente hace muy poco,  
hablando con Luis en el  
ayuntamiento, admirábamos  
su salud, su robustez.

D. PED. A propósito; ¿qué ocurre  
en el pueblo? á mi entender  
pasa algo extraño.

FLOR. Lo ignoro.

D. PED. Hace poco me encontré  
al señor cura; me ha hablado  
con cierta reserva... Escuérr,  
el dél molino, igualmente...  
luego el alcalde á su vez  
estuvo aquí balbuceando  
frases... dándome á entender  
que tenia que decirme  
alguna cosa... se fué  
dejándome con la duda.  
Si algo ocurre ya podeis

- comunicármelo al punto.
- FLOR. Sí señor; yo le diré lo que el bueno del alcalde no se ha atrevido á poner en su noticia.
- D. PED. ¡Qué es ello?
- FLOR. Que hoy han elegido á usted diputado.
- D. PED. (Manifestando la mayor admiracion.)  
¡Dios clemente!
- FLOR. ¡A qué esa emocion?
- JUANA. (A MELITONA..) ¡Lo ves?
- D. PED. ¡Yo diputado! ¡Imposible!
- FLOR. ¡Don Pedro!
- MEL. (Si habrá belen.)
- D. PED. ¿De quién semejante idea pudo partir? ¡Yo no he autorizado á ninguno para tanto, y sin haber consultado mi albedrío!...
- FLOR. Don Pedro, yo la inicié.  
(Movimiento de sorpresa en DON PEDRO y de asombro en FLORENCIO: el primero hace seña á JUANA y MELITONA para que despejen, lo que verifican.)
- MEL. Vamos, niña, que amenaza tempestad, y vá á llover. (Salen.)

## ESCENA IX.

DON PEDRO y FLORENCIO.

- D. PED. ¡Has dicho que ese capricho es obra tuya!
- FLOR. Sí á fé;  
he dicho que le inicié y me mantengo en lo dicho. El pueblo estaba perplejo; ninguno osaba elegir, propuse, y sin discutir aceptaron el consejo. Esta es la verdad, señor, de todo lo que ha pasado.

y no sé por qué alterado  
le tiene á usted tal honor.

D. PED. Porque lo juzgo á mi modo.  
En la provincia hay doscientos  
con muchos merecimientos  
que me aventajan en todo.  
Y no es prudente quizás  
que yo, oscuro labrador,  
usurpe tamaño honor  
á quien le merece más.  
¿Qué títulos son los míos?  
¿Cómo puede mi ignorancia  
ser cómplice en su arrogancia  
de errores y de extravíos?  
La vanidad no ha de hacer  
lo que no puede el talento:  
es sobrado atrevimiento  
en que yo no he de caer.

FLOR. Tan poquísima justicia  
se hace usted, hablando así,  
que otro que le oyera aquí  
lo atribuyera á malicia.  
Ni tan falto de razon  
está usted, á la verdad,  
que achaquen á vanidad  
lo que es una obligacion.

D. PED. ¡Calla! Sólo á una imprudencia  
achaco tu proceder,  
pues no quiero suponer  
que obras por tu conveniencia.  
Pero... no todos así  
tu conducta juzgarán.

FLOR. ¿Cómo?

D. PED. ¿Sabes qué dirán  
mañana mismo de mí?  
Que atendiendo á exajerada  
y ridícula ambicion,  
he puesto esta condicion  
á la boda proyectada.  
Que ambos hemos traficado  
de una manera villana;

- tú, por obtener á Juana,  
yo, por salir diputado.
- FLOR. Nadie en el pueblo es capaz  
de juzgar por malas artes.
- D. PED. Si, Florencio, en todas partes  
el vulgo es nécio y mordaz.
- FLOR. Estamos libres, señor,  
de juicio tan estraviado,  
porque ambos hemos probado  
que somos hombres de honor.
- D. PED. Aun así no he de querer.
- FLOR. ¿Está usted resuelto?
- D. PED. ¡Sí!  
Ya hé dicho que soy aquí  
el último en merecer.
- FLOR. Pero contra esa opinion  
está la del pueblo entero;  
no sirve decir «no quiero,»  
si no se dá una razon.
- D. PED. Razon tengo en mi experiencia,  
en el fondo de mi alma;  
no quiero perder la calma  
de mi tranquila conciencia.  
En un momento de error  
puede dictarse una ley,  
hacer responsable al rey  
y al pueblo llenar de horror.  
Y para el bueno y honrado  
no es disculpa el compromiso  
en que le ha puesto el que quiso  
elegirle diputado.  
No, Florencio, no daré  
márgen á que la nacion  
llore un dia mi ambicion,  
ya que no mi mala fé.
- FLOR. Reflexione usted, repito,  
lo que le va en la jugada;  
la virtud exagerada  
es principio de un delito.
- D. PED. No llegarás á vencer  
mi voluntad, ya lo sabes.

FLOR. Pues tambien á juicios graves  
se presta su proceder.  
Dirán todos, y aun yo mismo,  
fundando muy justa queja,  
que usted convencer se deja  
tan sólo por su egoismo.  
No sé si tendrán razon.

D. PED. ¡Florencio!

FLOR. No la concibo;  
pero usted les dá motivo  
para tal suposicion.

D. PED. ¡Prejuzgas mis intenciones!

FLOR. Es bien elocuente el hecho.

D. PED. ¡Y quién te ha dado derecho (Irritado.)  
á mezclarte en mis acciones!  
Búscas mi engrandecimiento  
seducido por la parte  
que en él pudiera tocarte!

FLOR. ¡Don Pedro! ¡Tal pensamiento!

D. PED. ¿Qué otro te pueda guiar?  
Dándote á mi hija...

FLOR. (Muy inquieto.) ¡Esto es grave!

D. PED. Alcanzarás...

FLOR. (Con resolucion.) ¡Y usted sabe  
si yo la quiero tomar!

D. PED. ¡Tal ofensa!

FLOR. Aunque es merced  
ser su esposo, no me atrevo  
á aceptarla, pues no debo  
emparentar con usted. (Con resolucion.)

D. PED. ¡Florencio!

FLOR. Todo es en vano:  
mi sumision se subleva,  
por más que un jóven no deba  
disputar con un anciano.

D. PED. ¡Que desdeñas esta union  
has dicho!

FLOR. Sí, por mi fé;  
porque antes desdeñó usted  
cumplir con su obligacion,  
menospreciando el deber

que la conciencia reclama,  
 ¡Cuando la pátria nos llama  
 es preciso obedecer!

La pátria, que con mancilla  
 vé atropellado su fuero  
 por un monarca extranjero  
 que la escupe en la megilla!  
 ¡Que auxilio pide doliente  
 en un trance tan fatal!

Diga usted que no obra mal  
 quien su deshonra consiente.

D. PED. ¡Tu lengua rompe la valla  
 del deber!

FLOR.                                   Algun derecho  
 asiste al que expuso el pecho  
 ante la ruda metralla.  
 Zaragoza vió eclipsado  
 el sol de la libertad,  
 y yo corrí á la ciudad  
 como bueno y como honrado.  
 Sufrí todos los reveses  
 de esa campaña homicida;  
 por los lábios de esta herida

(Con la mano en el corazon.)  
 insultaba á los franceses.

D. PED. ¡Ah! Yo tambien como ves  
 sirvo á la pátria.

FLOR.                                   No tal,  
 usted no alivia su mal  
 como un buen aragonés.

D. PED. La edad destruye el afan,  
 que á un jóven siempre acompaña.

FLOR. ¡La nieve de la montaña  
 guarda el fuego del volcan!  
 Esto enseña la hidalguía  
 á quien hizo hidalgo el cielo  
 y vé amenazado el suelo  
 donde vió la luz del dia.  
 Ahora puede usted entender  
 quién obra aquí con más juicio,  
 si el que enseña el sacrificio

ó el que desoye el deber.

(FLORENCIO sale con dignidad. D. PEDRO vá á detenerle, pero como si se arrepintiera permanece inmóvil. Momento de pausa.)

### ESCENA X.

D. PEDRO.

¡Florencio! ¡Tiene razon!...  
desconocerlo no puedo;  
hoy me dice el corazon  
que mis escrúpulos son  
las avanzadas del miedo.  
Es cobarde el que se aleja  
cuando la pátria le llama;  
el que desoye su queja,  
y pereciendo la deja  
en manos del que la infama.  
¡Es verdad! ¡Triste verdad  
que hace que el alma se asombre!  
Pretesto es la ancianidad,  
tras el cual oculta el hombre  
su extrema debilidad.  
¡Qué hago en este trance ímpio!  
Declinar honra tan alta  
es egoismo, desvío...  
¡Ah! ¡Concededme, Dios mio,  
la inspiracion que me falta!  
En este lance apurado  
nada importan mis reveses;  
el pueblo ya ha sentenciado,  
y yo debo estar al lado  
de sus propios intereses.  
De este modo alcanzaré  
la calma de mi conciencia,  
y en justa alabanza oiré:  
«¡Lo que le ha faltado en ciencia  
le sobró de buena fe!»

(D. PEDRO permanece ensimismado; aparece MELITONA, que estiende un mantel sobre la mesa y prepara lo necesario para la cena.)

## ESCENA XI.

D. PEDRO, MELITONA, luego JUANA.

- MEL. ¡Ola! Yá ha partido el mozo.  
A juzgar por el aspecto  
de mi señor, no ha quedado  
con la eleccion satisfecho.  
¡La cena va á ser muy triste!  
Yo que preparé un conejo  
con arroz, como le gustan.  
Quedará para el almuerzo.  
¡Válgame Dios y qué cosas!
- JUANA. ¿Se ha marchado?
- MEL. ¿Quién?
- JUANA. Florencio.
- MEL. Sí señora.
- JUANA. Padre mio...
- D. PED. (Mirándola.)  
Dejarla es lo que más siento.
- JUANA. ¿Le ha reñido usted acaso?
- D. PED. Hija mia, no por cierto.  
Florencio es un bravo mozo,  
digno de tí; un hombre recto.
- JUANA. No sabe usted qué alegría  
me causa.
- D. PED. Sí, lo comprendo.
- MEL. (Después de dejar una fuente sobre la mesa.)  
Cuando ustedes quieran.
- D. PED. Vamos  
á cenar.
- MEL. (Mirándole.) Pues no está sério.  
(D. PEDRO, JUANA y MELITONA se aproximan á la mesa  
y permanecen de pié, mientras el primero echa la  
bendicion; luego se sientan.)
- MEL. Amen: tiene poco caldo,  
pero tampoco está seco:  
Para el arroz es preciso...
- D. PED. ¿Hambre?



- MEL. No señor, talento.  
(Se oye á lo léjos un gran rumor de voces.)
- JUANA. ¡Qué algazara!
- MEL. ¡Si habrá palos,  
como antaño por Enero,  
cuando la funcion del Cristo?
- D. PED. Se acerca el ruido.
- JUANA. En efecto.

## ESCENA XII.

Dichos y ROSENDO.

- ROS. (Muy precipitado por el foro.)  
¡Albricias! Don Pedro, ¡albricias!  
Válgame Dios, hoy reviento.  
He corrido como un gamo  
á quien persiguen los perros,  
para darle cordialmente  
la enhorabuena.
- D. PED. ¡Rosendo!
- MEL. ¡Cuando digo que es un loco!
- JUANA. ¡Pero qué pasa? ¡Qué es ello?
- ROS. ¡Friolera! Tras mí viene  
toda la gente del pueblo:  
el señor cura, el alcalde,  
el sacristan, el barbero,  
¡qué se yo!... Todos á una  
le han elegido... y me alegro.  
¡Ha habido cada disputa!...  
Unos decian:—«Don Pedro  
no aceptará.—Pues es fuerza,  
porque todos le queremos.  
—Es hombre poco ambicioso.  
—Aquí no tratamos de eso.  
—La pátria le necesita  
y no hay que torcer el gesto.  
—¡Pues á su casa! ¡A su casa!»  
Y Felipe el pregonero,  
como funcionario público  
del ilustre ayuntamiento,

viene soplando la flauta,  
y además viene tañendo  
el tamboril, que es un gusto...

(Asomándose al foro.)

Adelante, caballeros.

(Aparecen foro el Tío BLAS, FLORENCIO y mozos y mozas del pueblo con guitarras y bandurrias.)

### ESCENA XIII.

Dichos, FLORENCIO, BLAS y acompañamiento.

(Al lado del alcalde se coloca un hombre, que le apunta al oído cuando aquel vacila.)

BLAS. Don Pedro... á la par de Dios!  
Aquí nos trae derechos  
el aquel de que usted sepa  
como este distrito, en pleno...  
en pleno... nombró electores  
entre la gente de seso,  
y estos á su vez nombraron  
com... pro... misarios... ¡qué término!  
Los cuales, despues de oír  
misa y sermon en La Seo  
de Zaragoza, en seguida,  
con el auxilio del cielo,  
procurador *le han sacado*.  
Aquí viene el documento,

(Presentándole un papel.)

que es preciso que usted firme,  
y yo como alcalde debo  
recoger.

D. PED. (Antes de tomarlo.)

Más... lo han pensado  
con madurez?

BLAS. — Por supuesto.

FLOR. (Aparte á D. PEDRO.)  
Vacilar en este caso  
fuera criminal.

D. PED. (Con resolucion.) No: acepto.

(Se dirige hácia la mesa para firmar; coge la pluma,  
y estendiendo la mano hácia el escudo que hay en  
la pared, dice:)

Ese escudo representa  
 los timbres de mis abuelos,  
 ganados con sangre honrada,  
 peleando como buenos.  
 ¡Os juro por sus cuarteles,  
 no abrigar mas pensamiento  
 que el de administrar con honra  
 los intereses inmensos  
 que fiáis á mi cuidado  
 en tan solemne momento!  
 (Firma y devuelve el papel al Tío BLAS.)

Ros. ¡Viva nuestro diputado!

Todos. ¡Viva!

D. PED. Melitona, quiero  
 que refresquen en mi nombre.

Ros. Hoy es dia de bureo.  
 Cantemos una rondalla,  
 si hay pulmones para ello.

(Música: mientras cantan la copla siguiente, MELITONA figura dar orden á otros criados y luego circulan las jarras de mano en mano. En uno de los extremos del teatro, aunque en primer término, se vé á un aldeano en actitud sombría sin tomar parte en la alegría general. ROSENDO va de un lado para otro animando á los que cantan.)

### RONDALLA.

Viva España y la compañã,  
 y las mozas de Longares,  
 y váyase el que ha venido  
 sin que le llamara nadie.

A la jota, jota,  
 de las mozas guapas;  
 ayer en el baile  
 resbaló la Juana;  
 y un mozo de estrangis  
 corrió á levantarla,  
 y le puso cinco  
 dedos en la cara.

(Las muchachas figuran dar el resbalon; los mozos van á levantarlas y ellas hacen el ademan de darles un bofeton.

MOZOS. (Con la mano en la megilla.)  
¡Ay, qué mano que tiene esta chica!

MOZAS. Que se rasque si á alguno le pica.

D. PED. (Fijándose en el aldeano.)  
Pero qué haces que no cantas?

ALD. Señor... apenas me atrevo.

D. PED. Ola! Eres tú, buen Mauricio!

ALD. Venia á traer el precio  
de la renta de los prados.

(Ofreciéndole un bolsillo.)

D. PED. Si yo tomo tu dinero  
es posible que mañana  
no comais.

ALD. (Bajando la cabeza.) ¡Posible y cierto!  
Pero el que debe, que pague;  
lo primero es lo primero.

D. PED. Dí á tu madre que os perdono  
la renta; que pida al cielo,  
si es que este acto la merece  
algún agradecimiento,  
que ilumine con sus luces  
este escabroso sendero.

(El aldeano le besa la mano y se retira.)

FLOR. Tiene usted un alma noble.

MEL. Que os poneis á medios pelos. (A los aldeanos.)

D. PED. Antes que mi ruta emprenda  
serás su esposo.

FLOR. Señor!...

D. PED. Te doy á guardar mi honor  
y el cuidado de mi hacienda.

JUANA. Padre mio!

D. PED. Aunque soy viejo,  
si Dios me hiciese tornar,  
que encuentre mi pobre hogar  
lo mismo que ahora le dejo.  
Regalad siempre sin tasa  
á esta leal servidora; (Por MELITONA.)  
nació en casa, y es señora  
de todo lo que hay en casa.  
Cuidad el tilo frondoso  
á cuya sombra crecí,

y al perro que guarda allí  
 mis momentos de reposo.  
 Esto os encargo, y ya sé  
 que lo hareis; es conveniente  
 que aun cuando yo me halle ausente  
 parezca que no lo esté.

(En este momento se oye una campana que dobla el  
 toque de ánimas; la algazara de los que beben cesa;  
 todos se descubren: D. PEDRO dirige su mirada al  
 cuadro de la Virgen.)

Santa Virgen soberana,  
 luz de quien en tí confía;  
 haz que este anciano algun dia  
 vuelva á oír esta campana.  
 Y si ruda é inclemente  
 la parca, que á nadie olvida,  
 corta el hilo de mi vida  
 hallándome de aquí ausente,  
 lea el pueblo en el dintel  
 de esa puerta colocado:  
 «¡Aquí vivió un hombre honrado,  
 rogad al cielo por él!»

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

# ACTO SEGUNDO.

---

Gabinete lujosamente amueblado en casa de D. LUIS.—Puerta al foro y dos á la izquierda.—Entre ambas una chimenea con fuego.—Al levantarse el telon aparece D. LUIS leyendo un periódico junto á la mesa.—EMILIA jugando con un abanico de chimenea.—PAULINA con un libro en la mano, sin leer.

## ESCENA PRIMERA.

EMILIA, PAULINA y LUIS.

LUIS. Es lo cierto que este hombre  
tiene muy claro talento.  
¡La caridad! ¡Brava cosa!  
Trabaja uno sin consuelo  
para dar á un haragan  
el fruto de sus desvelos...  
¿Y para qué?

PAUL. Es la verdad,  
no saben agradecerlo.  
A mi me cargan los pobres.  
¡Qué insolentes! ¡Qué groseros!  
No puedo ver los harapos  
que cubren su inmundo cuerpo.  
Y son tan desaseados...  
y tan pesados, tan tercos...  
Si no tienen que comer  
que trabajen.

LUIS. Cierto.

EMIL. Cierto.

- LUIS. O que en un rincon se metan  
y que no sean molestos,  
ni nos rompan la cabeza  
con sus ayes plañideros.
- EMIL. Si llegas á ser ministro,  
lo cual no veo muy lejos...
- LUIS Ni yo. (Con naturalidad.)
- PAUL. Ni yo. (Id.)
- EMIL. Deberias  
dar ante todo un decreto  
condenando á los mendigos...
- LUIS. ¿A qué?
- EMIL. Á grillete perpétuo.
- LUIS. (Se levanta dirigiéndose á EMILIA á la cual abraza.)  
Si no pensaras así,  
descenderias del puesto  
en que nuestra posicion  
te colocó.
- EMIL. No haya miedo.
- PAUL. «A tales padres, tal hija;»  
es un refran verdadero.
- LUIS. La humanidad ha variado;  
no son los tiempos aquellos  
de inquisicion y de hogueras,  
de milagros y conventos.  
¡Generaciones estúpidas!  
¡Baldon del humano imperio!  
¡Reinado de los errores  
y sepulcro del progreso!  
Hoy vamos por buen camino;  
estamos en el terreno  
de lo firme, de lo justo,  
de lo sábio, delo bello.  
Volver los ojos atrás  
causa horror. ¡Oh! ¡Cuánto necio!  
¡cuánto ignorante alcanzó  
fama de docto sin serlo!  
¡Cuánto santo sin virtudes!  
¡Cuánto pensador sin seso!  
¡Cuánto noble sin nobleza!  
y ¡cuánto grande pequeño!



Mas ya se vé, la ignorancia,  
 el atraso, el desconcierto  
 en que se hallaban, hacia  
 ver que lo blanco era negro.  
 Hoy todos somos iguales,  
 todos tenemos derechos;  
 y á nadie nuestra cerviz  
 serviles humillaremos.  
 Antes, un honor mentido,  
 así, entre cómico y sério,  
 dos cuartos de adulacion  
 y ocho de aire quijotesco,  
 daban importancia á un hombre.  
 Hoy, el honor ya no es eso;  
 el honor es el valer,  
 la posicion, el dinero...  
 la gloria está en esta vida  
 y en esta vida el infierno;  
 el pobre el infierno tiene,  
 el rico goza del cielo;  
 pues para no condenarse  
 aquí, ni en alma ni en cuerpo,  
 todos vivamos alegres,  
 cuanto podamos gocemos,  
 que cuando nos llegue el caso  
 de dar el adiós postrero,  
 ya cuidarán los que vivan  
 de sepultar nuestros huesos.

EMIL. ¡Yo pienso como papá!

PAUL. Y yo tambien.

LUIS. Lo comprendo.

PAUL. Si ha de estar una en el mundo  
 para tener sufrimientos,  
 sin que un rato de placer  
 venga á hacernos llevaderos  
 los dias de nuestra vida,  
 de la existencia reniego.

LUIS. Y vosotras no teneis  
 de qué quejaros.

EMIL. Es cierto.

LUIS. Buena casa, buena mesa,

teatros, bailes, paseos. .  
eso en lo presente.

EMIL.

¡Sí!

LUIS.

¡Que luego en lo venidero!...

PAUL.

Pues si sales diputado...

LUIS.

¡Diputado! ¡Yo lo creo!

La muerte de Diego Vargas,  
que defendía al gobierno,  
ha dejado una vacante  
en Pampliega; me presento  
apoyado por amigos  
que tienen un gran empeño  
en que mi acento resuene (Con énfasis.)  
en el salón del Congreso.

Ello es verdad que me cuesta  
un dineral; pero luego...  
y á propósito, hija mía,  
ya que hablamos de dinero;  
has de saber que he vendido  
al marqués de Casa-Luengo  
la huerta, el monte y la casa  
que tenías en Pozuelo.

EMIL.

Has hecho bien.

LUIS.

Como en breve  
ha de ser tu casamiento,  
quiero comprarte el *trousseau*  
y que haya un banquete régio;  
porque todo lo mereces.

EMIL.

¡Ay! ¡Cuánto te lo agradezco!  
¡Qué envidia me tendrán todas!

PAUL.

¡Ah, me olvidaba!

LUIS.

¿Qué es ello?

PAUL.

Ahí ha estado don Eustaquio,  
y además el zapatero:  
cuatro pares de botinas reclama,  
y el otro...

LUIS.

(Disgustado.) Bueno;  
cuatro meses de alquileres.

PAUL.

Volverán despues.

LUIS.

¡Qué empeño!  
¡Qué imprudencia! ¡Que se esperen!...

- EMIL. ¡Es un proceder grosero!
- EMIL. Tambien vino esta mañana...
- LUIS. ¿Quién, niña?
- EMIL. Aquel pobre viejo  
en cuya casa estuvimos  
cuando fuimos á Vivero.
- LUIS. ¿El hermano de mi ama?
- PAUL. El mismo.
- LUIS. ¿Estará tan tieso?
- EMIL. Bastante; dice que tuvo  
noticia del casamiento;  
¿y sabes qué me ha traído?
- LUIS. Tú dirás.
- EMIL. Un aderezo.
- LUIS. ¿Le tomarías?
- EMIL. Sí tal;  
mira. (Enseñándole un estuche.)
- LUIS. ¡Aderezo gallego!  
por lo tosco y lo...
- EMIL. ¡Já, já!  
¡Y él que venia tan hueco!
- TODOS. ¡Já, já, já!
- LUIS. ¡Bravo regalo!
- PAUL. Es un regalo estupendo.
- EMIL. ¡Y de gusto!
- TODOS. ¡Já, já, já!
- LUIS. ¡Pues se ha lucido!
- EMIL. En efecto...  
¡Y tiene una cara de hambre!...
- LUIS. Ya ves, como que es maestro  
de escuela.
- EMIL. ¡Maestro de escuela!
- PAUL. No tendrá lucido el pelo.

## ESCENA II.

Dichos, un criado y despues SEVERO.

CRIADO. Señor, ahí fuera un paletó  
hablar con usted desea.

LUIS. ¡Que pase! Aquí está nuestro hombre.

(Váse el criado.)

EMIL. ¿Traerá alguna buena nueva?

LUIS. Indudablemente... sí...

PAUL. ¡Dios lo quiera!

EMIL. ¡Dios lo quiera!

SEVERO. Señor don Luis, señoritas...

(Saludando de un modo grotesco.)

LUIS. ¡Amigo mio! ¿Qué buena (Con agasajo.)  
ventura aquí le encamina?

PAUL. ¿Y cómo está la parienta? (Con efusión.)

EMIL. ¿Y los niños? (Id.)

SEVERO. Todos tienen  
una salud que revientan  
de puro sanos.

LUIS. Me alegro.

Hombre, hombre ¡Quién digera!...

SEVERO. Pues aquí me tiene usted.

PAUL. Deje usted esa maleta. (Quitandosela.)

EMIL. ¡Y no se quite el sombrero!

SEVERO. ¡Muchas gracias! ¡Me molesta!

PAUL. Pero vendrá usted cansado.

EMIL. Y acaso en ayunas venga.

LUIS. Que preparen el almuerzo.

SEVERO. No hay prisa; en una taberna  
de la estación de Villalba  
me he comido una chuleta,  
un panecillo, y bebí  
muy cerca de una botella,  
con que así...

EMIL. Siéntese usted.

(Al sentarse de plano se levanta despues con rapidez.)

SEVERO. ¡Caracoles! ¡Esta es buena!

PAUL. Son los muelles.

SEVERO. ¡Ah!! ¡Los muelles!...

Pues hombre, ¡quién lo dijera!

(D. LUIS, EMILIA Y PAULINA le rodean con interés.)

Conque á !o que vengo vengo.

LUIS. ¡Bravo! Y bien venido sea.

PAUL. Ante todo le suplico

que esté con toda franqueza;  
esta casa es muy de usted.

SEVERO. La de allá, aunque más modesta.  
está á su disposicion.

PAUL. Gracias.

LUIS. Conqué... ¿qué nos cuenta?

EMIL. Sí, sí, ¿qué nos cuenta usted?

SEVERO. Mucho, y...

LUIS. ¿Bueno?

SEVERO. ¡Buena fuera

que viniese para dar  
una noticia funesta!

No, señor, no; mi viaje  
no es de moscon de ala negra,  
como dicen en el pueblo  
los muchachos y las viejas.

LUIS. ¿Segun eso? (Con alegría.)

PAUL. (Con ansiedad.) Siga usted.

SEVERO. Que la cosa vá que vuela.

LUIS. ¿Qué me cuenta usted?

SEVERO. Lo dicho;

reñida fué la pelea,  
pero debido á mi celo  
y á unas cuantas papeletas  
que escamotear pudimos,  
porque ganamos la mesa,  
creo que á estas horas...

LUIS. (Con desaliento.) ¡Ah!

¿Conque aun no escosa cierta?

SEVERO. Por ahora... mi hijo Pepe  
me remitirá un te... le... grama  
en el que debe avisarme...

TODOS. ¿Qué?

SEVERO. Si es la victoria nuestra.

Pero yo creo que sí,  
¿quién ha dicho miedo? en brecha  
nos batimos; ¡voto á tal!

A mí me gusta la gresca  
de las elecciones, más  
que la más linda comedia,  
por aquello de que á rio

revuelto, siempre se pesca.  
 LUIS. Pero en resúmen, ¿qué se hizo?

SEVERO. Voy á darle exacta cuenta  
 de los pasos que se han dado,  
 desde la cruz á la fecha.  
 Así que llegó á mis manos  
 de usted la carta primera,  
 reuní en mi casa al cura,  
 al cirujano, al albéitar,  
 al boticario, al sereno  
 y hasta al maestro de escuela.  
 Les dirigí luego una  
 elocuentísima arenga,  
 cuyo final era este:  
 «Que quieran ó que no quieran,  
 han de votar á don Luis  
 de Ceballos y Fombuena,  
 haciendo uso del derecho  
 que las leyes le dispensan:  
 y si alguno á los mandatos  
 que mi autoridad ordena  
 llega á faltar, que recuerde,  
 sin cogerle de sorpresa,  
 soy alcalde popular,  
 y no alcalde de montera.»  
 De pronto un aplauso hizo  
 que enmudeciera mi lengua.  
 Todos estaban conformes...  
 ¡Unanimidad completa!  
 ¡Lo que dige! al fin y al cabo,  
 esto le pasa á cualquiera.  
 Montamos luego á caballo,  
 y desde el pueblo á la aldea,  
 desde la aldea al cortijo,  
 desde el cortijo á la dehesa,  
 recorrimos el distrito;  
 con amenazas y ofertas,  
 con vino y con garrotazos,  
 conseguí que se ofrecieran  
 á votarle; por supueslo  
 con libertad, sin violencia,

que en tales casos no es justo  
la autoridad se entrometa.

LUIS. Desde luego... la justicia...

SEVERO. ¡Esa nunca se doblega!  
Las mesas al fin ganamos;  
á veinte metí en la trena.  
¡Tunantes! ¡Pues no querian  
que el punto se les cediera!  
Al fin llegó la eleccion,  
y como perros de presa  
nos lanzamos á las urnas...  
suponga usted lo que queda.  
Hubo palos, hubo brándis,  
y discursos, y chuletas,  
y vivas á los derechos  
individuales y..., etcétera;  
y al hijo de Anton Chamorro  
le rompimos la mollera,  
de nuestro derecho en uso,  
pues queria á su manera  
votar, despues que la bota  
en sus manos quedó seca.

EMIL. (Qué brutos!)

PAUL. ¡Pobre muchacho!

SEVERO. ¡Nada! Fué una bagatela...  
un miembro roto... ¡qué diantre!  
Eso le pasa á cualquiera.  
En fin, crea que podemos  
dar á usted la enhorabuena.

LUIS. Amigo, ¿con qué pagar  
tanto afan, tanta molestia?

PAUL. ¡Oh! ¡Don Severo es muy bueno!

EMIL. Por nosotros se interesa,  
y malo no puede ser.

SEVERO. Yo cumplí, segun enseña  
la ley del honor.

LUIS. Sí tal;  
me ha cumplido su promesa,  
y yo quiero por usted  
hacer lo que bien le venga.

SEVERO. Mil gracias, señor don Luis,



y no desprecio la oferta.  
 Ya sabe usted,—yo no sé  
 si lo sabe,—que en mi ciencia,  
 porque yo soy cirujano  
 para aquello que se *ofrezga*,  
 y de lo más floridito  
 que hay en toda aquella tierra;  
 así y todo, la tal gente  
 mis sacrificios no aprecia,  
 y de mi saber murmura...  
 ¡Ay allí muy malas lenguas!  
 Porque al hijo de la vizca,  
 la prima de la tendera,  
 para curarla un divieso  
 le corté al rape una oreja,  
 murmuraron... ya vé usted  
 que esto le pasa á cualquiera.  
 En los agenos y propios  
 asuntos, allí se mezclan.  
 Tambien porque cierto dia,  
 hace cuatro primaveras,  
 dejé manca á una muchacha  
 por sajarla una postema,  
 murmuraron; ya vé usted,  
 esto le pasa á cualquiera.  
 ¡Pues si esto es lo más sencillo!  
 El hombre á veces se ciega  
 y no vé por dónde marcha.

LUIS. Saliéndose del sistema  
 natural...

SEVERO. ¡Exactamente!  
 Esa, señor, es la guerra  
 que traigo.

LUIS. Vamos á ver,  
 ¿y á usted qué es lo que le llena?

SEVERO. Una plaza en el Consejo  
 de Sanidad, si no fuera  
 mucha pretension.

LUIS. No á fé;  
 hay pocos que la merezcan...

SEVERO. ¡Tanta bondad! ¡Tanta! ¡Ah!



Antes que se olvide, lea  
usted este documento,  
en el que se pone á prueba  
mi buena fé y mi... ¡canastos!

(Registrándose.)

¿Si habré perdido la cuenta?

PAUL. No se apure usted; pues si eso...

SEVERO. Eso le pasa á cualquiera.

Aquí está. (Saca un papel.)

LUIS. ¡Hombre, por favor!...

¡No se moleste!... ¡Quién piensa!...

SEVERO. Nada, nada; cuentas claras.

Verá usted... (Leyendo.) «Tres mil trescientas  
pesetas he recibido

del señor don Luis... etcétera»

Esto no es preciso: «Gastos  
que ocurren hasta la fecha:

seis pesetas al sobrino  
de la tía Quebrantapeñas,  
por depositar en la urna

veinticuatro papeletas.»

Ya vé usted, á realcada una,  
á eso cuestan las cerezas.

«Por el sufragio de Antonio  
Pocaropa y Malapécora,  
nueve reales.» Este es caro.

LUIS. Eso no vale la pena.

SEVERO. El voto del herrador

y toda su parentela,  
son setenta y nueve.

LUIS. ¡Bravo!

SEVERO. «Pesetas ¡ciento cuarenta!

Por dar un palo á un arriero  
que queria á ciencia cierta  
votar á un cura carlista,  
reales, veintiseis con treinta.

Por callos y caracoles,  
comidos en la taberna,  
quinientos reales y pico.»

Tenian mucha pimienta.

«Cuarenta arrobas de vino

á once reales...» Tiene mezcla de aguardiente, para dar á los votantes más fuerza. «Cuatrocientos diez.»

LUIS. Suprima usted el resto.

SEVERO. ¡No resta nada! Al contrario, he tenido que poner de mi cosecha, es decir, de mi bolsillo, cuatro pesetas y media.

LUIS. Se abonarán.

SEVERO. Bien; no importa.

PAUL. (No tiene mala aritmética el cirujano.)

SEVERO. Señoras... si ustedes me dan licencia...

LUIS. ¿Dónde vá usted?...

SEVERO. Ahora voy á la calle de la Greda, á ver si ha venido el parte. No será larga la espera.

LUIS. Que aguardamos.

SEVERO. Hasta luego; señoras...

PAUL. y EMIL. Hasta la vuelta. (Sale foro.)

### ESCENA III.

EMILIA, PAULINA y LUIS.

PAUL. ¡Qué hombre más particular!

LUIS. ¡Si me saca diputado!

EMIL. Don Severo está cortado por un patron singular.

PAUL. Cirujano de ocasion y verdugo á su manera...

EMIL. Tenerle á la cabecera es casi estar con la uncion.

LUIS. ¡Oh! ¡Me repugna esa gente de una manera feroz! Mas como lleva la voz

y es un alcalde influyente...

PAUL. ¡Qué lástima de estrignina!

LUIS. Es preciso tolerar...

PAUL. ¿Dónde vas?

(A EMILIA, viendo que se dirige primera puerta izquierda.)

EMIL. Voy á estudiar  
el nocturno de Rabina. (Váase.)

#### ESCENA IV.

PAULINA Y LUIS.

LUIS. ¿Vino Ricardo en mi ausencia?

PAUL. Sí, ayer estuvo un momento,  
pues dijo que iba á Fomento  
á no sé qué diligencia.

LUIS. ¿Habló á Emilia?

PAUL. Sí, en verdad;  
yo me aparté unos instantes,  
porque siempre á los amantes  
les gusta la soledad.

LUIS. Hiciste muy bien, no hay duda...  
Dí, ¿y Emilia le ha insinuado?...

PAUL. ¿Que hable por tí? de contado...  
y te prestará su ayuda.

LUIS. No es mucho exigir de un sócio,  
que haga por mí alguna cosa,  
dándole yo por esposa  
á mi hija.

PAUL. Sí, es un negocio.  
El trata de igual á igual  
al ministro.

LUIS. Sí por cierto,  
y además dirige *El Muerto*,  
diario ministerial.  
Conviene que haga un artículo  
tremendo y horripilante,  
poniendo á mi contrincante,  
en un completo ridículo.  
Así mi deseo eterno

- se verá realizado;  
así seré diputado  
y me apoyará el gobierno.
- PAUL. ¡Oh! ¡La tal diputacion  
nos lleva á San Bernardino!  
Estás gastando sin tino,  
y no veo la razon.
- LUIS. Sí, pero...
- PAUL. No admito peros  
y me predicas en balde;  
con otro como el alcalde  
te vas á quedar en cueros.  
¡Vaya! ¡Tiene tres bemoles!  
Para hablar en el Congreso  
que haya que gastar en queso.  
y callos y caracoles.  
Verás cómo te diviertes  
si fracasa...
- LUIS. ¡Qué porfia!  
Las elecciones hoy dia  
se hacen con sustancias fuertes.
- PAUL. Aun no comprendo el motivo  
de tamaña obstinacion.
- LUIS. Pues tiene su explicacion  
lógica
- PAUL. No la concibo.
- LUIS. Yo me dediqué á una empresa  
comercial en Puerto Llano;  
quise introducir el grano  
de los mercados de Odesa.  
Si el negocio no fracasa  
me hago rico.
- PAUL. ¡Desatino!  
¡Ir á casa del vecino  
por lo que uno tiene en casa!
- LUIS. Por eso perdí un caudal,  
adquiriendo la esperiencia  
de que no alcanza mi ciencia  
á la industria comercial.  
Fuí á Bolsa, ¡qué Babel!  
¡Oh! ¡Mi lengua no lo ensalza!

Cuando yo jugaba al alza  
 bajaba todo el papel.  
 No advertí por mis pecados  
 que allí jugaba un sobrino  
 de un ministro, con gran tino.  
 ¡Hay chicos muy despejados!  
 En mi revista analítica,  
 viendo que yo no he servido  
 para nada, he dedicado  
 dedicarme á la política.  
 Otros hombres ménos duchos  
 viven y medran así.

PAUL. ¿Qué méritos hay en tí?

LUIS. ¡Muchos!

PAUL. ¡Muchos!

LUIS. ¡Muchos! ¡Muchos!

Primero fundé *El Cañon*,  
 diario de los más caros,  
 aunque hizo pocos disparos  
 por falta de suscripcion.  
 Insultaba á mi placer  
 allí á todos los nacidos;  
 en él llamaba perdidos  
 á la gente del poder.

PAUL. ¡Perdidos!

LUIS. Por desfogarme.

PAUL. Pero... ¿impune te dejaron?

LUIS. Muchas veces me buscaron,  
 mas no pudieron hallarme.  
 Luego escribia revistas  
 políticas, con gran seso,  
 y hombreaba en el Congreso  
 entre varios periodistas.  
 Además, si por su mal  
 algun ministro enfermaba,  
 mi apellido figuraba  
 en la lista general.  
 Item: salgo á tomar baños  
 en algun puerto extranjero.  
 y me gasto algun dinero  
 en la Iberia hace seis años.

¡Esto no es grano de anís!  
 Allí paso la velada  
 con amigos, gente honrada  
 que dá leyes al país.  
 Mantienen la discusion  
 mil eminentes varones,  
 se toman resoluciones...  
 y tortillas con jamon.  
 Hay quien diserta sin tino,  
 y quien desarrolla un tierno  
 y suave plan de gobierno  
 con trufas y marrasquino.  
 ¡Gente á pié! ¡Gente de coche!  
 ¡Qué animacion! ¡Qué alegría!  
 ¡Qué conferencias de dia!  
 ¡Qué espectáculos de noche!  
 Allí se goza, aunque sería  
 y doliente el alma esté,  
 Vamos, ¡es mucho café  
 aquel café de la Iberia!  
 Y enumerando razones,  
 yo creo, aunque poco valgo,  
 que debe tenerse en algo  
 la fé de mis opiniones.  
 Mi rectitud me hace ser  
 consecuente y decidido;  
 yo pertenezco al partido  
 que esté siempre en el poder.  
 A nadie así causó enojo,  
 y recorro sin deslices  
 los políticos matices;  
 desde el negro hasta el mas rojo.  
 Ahora, dime de contado,  
 aunque de esto nada entiendas,  
 si un hombre de tales prendas  
 debe ser buen diputado.  
 No es exagerada idea  
 aspirar á tal honor;  
 si yo no soy acreedor,  
 que venga Dios y lo vea.  
 ¡Eres hombre de osadia!

LUIS. Hace falta, esto es probado.  
¡Ah! creo que habrás mandado  
el ramo á Pepa Megia.

PAUL. Sí.

LUIS. ¡Su esposo don Pancraccio  
vale mucho! Es senador,  
y en la crisis anterior  
le llamaron á Palacio.

PAUL. Tambien veré á Violante  
más tarde.

LUIS. No puede ser.  
¡Visitar á una mujer  
cuyo esposo está cesante!

PAUL. Siendo mi amiga, es preciso:  
está en situacion muy crítica,  
y por lo mismo...

LUIS. En política  
no hay amigas; te lo aviso.

PAUL. Pero es prima de Luis Parla.

LUIS. Espérate. (El lance es sério...  
Luis, si cae el ministerio  
puede...) debes visitarla.  
Su marido es hombre ducho...  
sí, visítala en buen hora:  
quiero mucho á esa señora  
y puede servir de mucho.

PAUL. En fin, lo que más me apura  
es el dinero... ¡qué azar!  
No debes así gastar  
en tanta y tanta locura.

LUIS. En ello nada reparo.

PAUL. Pues, hombre, no me lo esplico.

LUIS. Te diré, Ricardo es rico  
y siendo mi yerno...

PAUL. Es claro.

LUIS. Manejaré su caudal  
llevando en él una parte;  
en fin, podrá consolarte  
si enviudas, un capital.

PAUL. Lo admito de buena gana;  
quiero tener un carruaje,



y un hotel, y un equipaje  
en la fuente Castellana.

Quiero ser algo y tres más...

LUIS. Cuando á Emilia haya casado  
y yo sea diputado,  
todo lo conseguirás.

(Sale por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA V.

PAULINA, luego CÁRLOS.

PAUL. Si no salen bien las cuentas.  
¿qué es lo que vá á suceder  
en esta casa?

CÁRLOS. Paulina.

PAUL. ¡Cárlos!

CÁRLOS. Beso á usted los pies.  
¿Está usted buena?

PAUL. Bien, gracias.  
¿Y usted, bueno?

CÁRLOS. Gracias, bien.  
¿Y Luis?

PAUL. Acaba de entrar  
en su despacho.

CÁRLOS. ¿Sí? Pues  
aquí esperaré un instante.

PAUL. Tome uste asiento.

CÁRLOS. Sí á fe,  
porque estoy cansado; anoche  
á las cuatro ménos diez,  
si es que mi reló no miente,  
aun me encontraba de pié.

PAUL. ¿Fué usted á casa de Julia?

CÁRLOS. Sí, me convidó á comer,  
y despues... despues tuvimos  
una brillante soiré.

PAUL. ¿Estaria concurrida?

CÁRLOS. La baronesa del Pez,  
la condesa del Canario,  
marquesa del Moscatel,



duque de Gorrion, vizconde  
de Salfe-quenticurriet.

PAUL. ¿Y la viudita, sin duda?

CÁRLOS. La viuda estuvo tambien;  
por cierto que á última hora  
con ella bailé un minué.  
¿Pero usted dónde se mete  
que nunca se deja ver?

PAUL. La política me tiene  
muy ocupada.

CÁRLOS. Sí, ¿eh?

PAUL. ¿Sabe usted algo?

CÁRLOS. ¿Yo? ¡Vaya!  
¡No lo habia de saber!  
Luis y yo tenemos mucha  
confianza.

PAUL. Cierto que...

CÁRLOS. No pasa dia sin verle  
y sin que me vea él.

PAUL. De usted habla muchas veces.

CÁRLOS. Sí, ¡nos queremos!... ¡Pardiez!  
Luis es un chico... de empuje  
y ha de dar á España cien  
dias de gloria, si alcanza,  
como creo...

PAUL. Fácil es.

Tenemos buenas noticias. (Confidencialmente.)

CÁRLOS. ¡No podia suceder  
otra cosa! Yo mil veces  
á Luisillo aconsejé  
que se lanzára...

PAUL. Y al fin  
se ha lanzado.

CÁRLOS. ¡Ya se vé!

Con mis amonestaciones  
y... precisamente ayer  
estando con el ministro  
de Ultramar, de Luis hablé,  
y tenga usted entendido  
que se le aprecia.

PAUL. Es muy buen

amigo de sus amigos;  
noble, consecuente, fiel...

CÁRLOS. ¡Oh! ¡Será un gran diputado!  
Y yo la dicha tendré  
de haber sido iniciador  
del importante papel  
que en el Congreso presente  
Luis está llamado á hacer.

PAUL. Lo reconoce y ¡quién sabe!...

(Con tono de proteccion.)

Si de él necesita usted...  
yo le ofrezco...

CÁRLOS. Sí, Paulina,  
puede muy bien suceder  
que á su intercesion acuda,  
por si logro que me dé  
un destino diplomático...  
el consulado de Fez,  
por ejemplo.

PAUL. Concedido.

CÁRLOS. ¿Cierto?

PAUL. No lo olvidaré;  
en la votacion primera  
que le necesiten... ¿eh?  
ó le dan el consulado  
ó no hay voto.

CARLOS. ¡Tal merced!...  
Con gran largueza, Paulina,  
se la recompensaré.  
Al fin no soy ningun quidam,  
y puedo sin altivez  
decir que todos los hombres  
de prosapia y de valer  
tienen su vida en mis manos.

PAUL. Es verdad (Sonriéndose.)

CÁRLOS. Sí que lo es.

(Desenvuelve una bolsa donde lleva navajas de afeitar  
y se pone á sentar el filo á una.)

La suplico avise á Luis,  
porque aun tengo cinco ó seis  
parroquianos que me esperan.

- ¡Si es temprano volveré!
- PAUL. Bueno, un poquito más tarde...  
si no le molesta.
- CÁRLOS. (Guardando las navajas.) ¡Qué!  
¡Dentro de hora y media?
- PAUL. Sí.
- CÁRLOS. Me voy hasta San Ginés.  
(Tomando el sombrero.)
- PAUL. Adios, Cárlos.
- CÁRLOS. Paulinita...  
estoy á los pies de usted.  
(Sale á tiempo que aparece RICARDO.)

## ESCENA VI.

PAULINA y RICARDO.

- PAUL. ¿Conoce usted á ese chico?
- RIC. No lo recuerdo... tal vez.
- PAUL. Pues es... Pero usted anoche  
no quiso dejarse ver  
en la ópera! Está Emilia  
contenta.
- RIC. Yo la diré...
- PAUL. Voy á llamarla. ¡Qué pícaros  
son ustedes! Vamos, que... (Sale.)

## ESCENA VII.

RICARDO y luego EMILIA.

- RIC. Esta señora me alienta  
de un modo particular...  
Justo, me quiere pescar,  
porque así la tiene cuenta.  
¡Es mucha doña Paulina!  
Tiende la red con teson...  
sí, pero en vez de un salmon  
va á encontrarse una sardina.
- EMIL. ¡Caballero!
- RIC. ¡Ola! ¿Hay enojos?
- EMIL. Y tengo razon.

- RIC. ¡No á fé!
- EMIL. En vano anoche esperé,  
sin que te vieran mis ojos.
- RIC. Un compromiso...
- EMIL. No pido  
disculpas.
- RIC. Cese tu afan.
- EMIL. ¡No ha nacido desde Adan  
hombre más comprometido!  
Nunca á mi lado te veo;  
siempre alegas... dí mas bien  
que disfrazas tu desden  
con las galas del deseo.  
Tú no me amas.
- RIC. No á fé mia,  
te quiero con frenesí.
- EMIL. Pero te alejas de mí  
un dia tras otro dia.
- RIC. Es que el amor ya no es  
aquella pasion ferviente  
que entontecia á la gente  
en el año treinta y tres.  
Que no les dejaba espacio  
más que para suspirar;  
pero hoy tenemos que amar  
más deprisa y más despacio.  
Hay políticos trastornos  
que estudiar con mucho tino;  
hay toros, juegos, casino,  
y despues cenas en Fornos.  
Esto no quiere decír  
que no te ame...
- EMIL. Ya lo veo.
- RIC. Como á Julieta Romeo.
- EMIL. Vamos, basta de fingir.  
No disculpa tu traicion  
ni un miserable regalo...  
ni una joya...
- RIC. (¡Malo, malo!)
- EMIL. Creo que tengo razon.  
Hoy procede siempre así

un amante verdadero.

RIC. Sí... (¡Cuando tiene dinero,  
que es lo que me falta á mí!)

EMIL. Si eres amante aburrido,  
dilo pronto.

RIC. No, mujer.

EMIL. ¡No hay duda que vas á hacer  
un excelente marido!

RIC. ¡Emilia! Por San Clementé,  
repara...

EMIL. ¡Negra fortuna!

RIC. Tú quieres sin duda alguna  
que te ame á tambor batiente.  
Que publique por do quier  
nuestras relaciones.

EMIL. No.

RIC. Conque me lo sepa yo  
basta y sobra, á mi entender.  
Amor no es cosa de juego.

EMIL. Tú lo dices... bien está.

RIC. ¡Aquí viene tu papá!

LUIS. (Entrando,) ¡Ricardo!

EMIL. Vaya, hasta luego. (Váse.)

### ESCENA VIII.

RICARDO Y LUIS.

LUIS. Conque ¿en qué quedamos,  
mi faturo yerno?

RIC. Serás diputado.

LUIS. ¿De verás?

RIC. Lo creo;  
de cualquier manera,  
se han puesto los medios.

LUIS. Hasta la presente  
me cuesta unos céntimos,  
pues mi contricante  
don Lucas Molero,  
tiene en el distrito  
muchos elementos.

que ha sido forzoso  
destruir con esto, (Señal de dinero.)  
y algunas azumbres  
de licor manchego.  
Tambien fué preciso  
recurrir á estremos  
algo extraordinarios,  
un poco violentos.

Ric. La prensa enemiga  
denuncia esos hechos,  
que yo en mi periódico  
rebato y desmiento.  
Dicen que han votado  
niños.... y ¡hasta muertos!  
Fuerza del sufragio,  
que ejerce un directo  
influjo en las masas  
de los cementerios!

Luis. Sí tal... sin embargo,  
no es ningun esceso...  
porque esos difuntos  
eran hombres rectos,  
y hubieran votado  
por mí.

Ric. Sí por cierto.

Luis. Además, los votos  
que me otorga el pueblo  
serán largamente  
premiados; yo espero  
hacer mil mejoras  
materiales.

Ric. Bueno.

Luis. Dar una encomienda  
de Cárlos III  
al tio Ventura.

Ric. ¿Qué hizo ese sugeto?

Luis. Presidir la mesa  
con bastante acierto;  
tiene una posada...  
¡es hombre de mérito!  
Además un título

de marqués pretendo...

Ric. ¿Para tí?

Luis. No, para  
el señor Tadeo...

Ric. ¿Estás en tu juicio?

Marqués un...

Luis. ¡Silencio!

Es hombre de prendas.

¡Como que es prendero!

Ric. Vamos á otra cosa;

segun el convenio  
que hemos celebrado  
hace ya algun tiempo,  
será tu programa  
defender los fueros  
y la santa causa  
de los...

(Se aproxima y le habla al oído.)

Luis. Chico, eso

es harina de otro  
costal más añejo.

Hoy ya los políticos

tenemos más seso;

miramos con calma

el *ahora* y el *luego*,

pues como en el mundo

hay tantos tropiezos,

vivir prevenidos

es cosa de cuerdos.

Hoy los de aquel mandan,

mañana los nuestros;

todos entran calvos

y salen con pelo,

y en círculo rápido,

bajando y subiendo,

ya estás en las nubes,

ya vas al infierno,

ó ya en el espacio

te quedas suspenso;

por lo cual afirmo,

ó yo soy un necio.

y perdí la brújula  
 de buen marinero,  
 que es indispensable  
 marchar con el tiempo;  
 y manden los blancos,  
 los rojos, los negros,  
 estar siempre al lado  
 del poder supremo,  
 que aquel que á buen árbol  
 se arrima, es muy cierto  
 que una buena sombra  
 cobija su cuerpo.  
 Tal es mi sistema,  
 y no me arrepiento;  
 para ser felices  
 contemporicemos;  
 esto es lo seguro,  
 lo demás es cuento.

Ric. ¡Vengan esos brazos! (Se abrazan.)  
 ¡Eres un gran suegro! (Cómicamente.)  
 Pero hombre... ¿y la pátria?..

Luis. ¿Y qué? ¿Yo la niego?  
 Seré un buen patricio,  
 yo te lo prometo.  
 Mi primer discurso  
 en el Parlamento  
 vá á inflamar los ánimos  
 de mis compañeros,  
 Me valdrá un destino...

Ric. ¿De pátria? (Sonriéndose con malicia.)

Luis Con sueldo.  
 Ser subsecretario  
 de algun ministerio,  
 no es incompatible...

Ric. ¡Vaya! ¡Ni por pienso!

Luis. Son cosas distintas  
 patria y presupuesto.  
 Debe enardecerse  
 de amor nuestro pecho  
 por la patria, es justo;  
 pero no comprendo



sea antipatriótico  
 el que con anhelo  
 procuremos todos,  
 por lícitos medios,  
 ser buenos patriotas  
 comiendo y bebiendo.

Ric. ¡Hablas como un libro!

Luis. El tiempo es maestro  
 y nos dá lecciones...  
 que olvidar no debo.

Ric. ¿Me tendrás presente?

Luis. Todo lo andaremos.

Ric. Por tí he trabajado...

Luis. Yo te lo agradezco.

Ric. Voy á ser tu hijo,  
 y este parentesco...

Luis. Aunque militamos  
 en bandos opuestos,  
 haré por tí todo  
 cuanto yo deseo  
 que hagas por mí, cuando  
 llegue á dar el vuelco,  
 y á tu vez Ricardo  
 ocupes mi puesto.  
 Ea, ya lo sabes.

Ric. ¿Es decir que puedo  
 confiar?

Luis. ¡Sin duda!

Ric. Entonces te dejo. (Tomando el sombrero.)

Luis. ¿Volverás?

Ric. En breve;  
 adios. (Sale por el foro.)

Luis. Hasta luego.

(Después que sale RICARDO, empieza á pasear la escena; se detiene ante el espejo y se arregla el pelo, el cuello y los puños de la camisa, y habla con la mayor petulancia.)

## ESCENA V.

Luis.

Hoy vá á cumplirse mi anhelo.

A estas horas... ¡qué placer!

No hay duda que voy á ser  
 un diputado modelo.  
 Lo primero, en mi opinion,  
 es un empleo escogido,  
 porque me cuesta un sentido  
 lo de la diputacion.  
 Y pues trabajo á destajo  
 por la pátria, es conveniente  
 que me dé un sueldo decente  
 en pago de mi trabajo.  
 ¡Diputado! ¡Qué prebenda!  
 ¡Tener representacion  
 en alguna comision,  
 aunque yo de nada entienda!...  
 Hablar fuerte y decidido,  
 causando un pesar eterno  
 al gobierno, si el gobierno  
 no me dá lo que le pido...  
 Escribir mucho: ya sé  
 que no hay que comprar el sello...  
 y tomar... hasta el resuello  
 en la pieza del buffet.

(Pausa.)

Tal vez acertado ande  
 si alimento la ambicion...  
 desde el escaño al sillón  
 hay un paso... no muy grande.  
 Los clavos salen del hierro;  
 todo estriba en un recurso  
 oratorio; hago un discurso  
 sobre... la cola de un perro.  
 Y aunque esto son nimiedades,  
 yo seré ministro al cabo,  
 siempre que pruebe que el rabo  
 fué del perro de Alcibiades.  
 ¡Oh! No es locura esperar...  
 más ya que dí el primer paso...  
 evitemos un fracaso.

EMIL. Papá, ¿quieres almorzar?

## ESCENA X.

LUIS, EMILIA y luego PAULINA y SEVERO.

- LUIS. Sí á fé, pues tengo apetito.
- EMIL. ¡Ah! Yo creí que Ricardo...
- LUIS. No te enojés: vendrá presto.
- PAUL. (Dentro.) Pase usted. ¡Ay, cielo santo!  
¡Qué alegría! (Entrando.)
- LUIS. ¡Quién se acerca?
- SEVERO. ¡Victoria!
- LUIS. ¡Cómo!
- SEVERO. ¡Triunfamos!  
Lo reza así el *telegrama*  
que ha traído el *telegrafo*.  
(Dando un papel á LUIS.)
- EMIL. ¡Qué dice, papá?
- PAUL. ¡Dios mio!
- LUIS. (Con énfasis.) Nada, que soy diputado.
- SEVERO. ¡Gracias á nuestros esfuerzos!...  
Que sea por muchos años.
- LUIS. El país se ha convencido  
de que mis dotes al cabo  
han de labrar su ventura.
- SEVERO. Pero ha sido necesario  
para su convencimiento,  
repartir algunos palos,  
poner de nuestra cosecha  
algo, ¡qué digo!... ¡Y aun algos!
- LUIS. (Con gravedad.) Mal hecho; la libertad  
dá á conocer si el sufragio  
es espontáneo ó no...  
y mi eleccion era un caso  
en el cual no hacian falta  
esas cábalas y amaños  
tan indignos de un país  
de séres civilizados.
- SEVERO. ¡Ahora salimos con esas!...
- LUIS. Muy de ligero han obrado  
en esta ocasion; lo sé

y lo siento.

SEVERO. ¡Voto al chápиро!  
¿Pues no me ha mandado usted?

LUIS. ¿Cómo que yo lo he mandado!  
Mi importancia en el distrito,  
mi nombre, mi honor, mi rango  
han sido...

SEVERO. (Presentándole un papel. ¿Pues y esta cuenta?)

LUIS. (Le coge y le rompe.)  
¡Hombre, no sea usted zángano!  
Oficiosidad ha sido  
de usted.

SEVERO. ¡Mia!

LUIS. Y de otros cuantos,  
que ganosos de captarse  
mis simpatías... violaron...

SEVERO. (Callemos porque conviene.)  
Pues bien, dispense si acaso...  
yo haré presente... mañana  
pienso marcharme.

LUIS. Yo alabo  
esa determinacion.

SEVERO. Más no ignora usted que aguardo  
la plaza de consejero  
de Sanidad.

PAUL. (Vaya un paso!)

EMIL. (¡Cuidado que es ambicioso.)

LUIS. (Paseándose.)  
Bien... veré al subsecretario...  
traiga usted un memorial  
y puede que consigamos...  
(Hablando á EMILIA y PAULINA sin hacerle caso.)  
Habrá que dar un refresco  
á los amigos.

PAUL. ¡Es claro!

LUIS. Por bajo de cuerda avisa  
á dos murgas; en el barrio  
hará mucho efecto el bombo.

SEVERO. (No me mira. ¿Qué apostamos  
á que empieza á darse tono?)  
¡Sr. D. Luis... con mil santos!

- LUIS. Vamos, que no estoy ahora  
dispuesto para escucharlo.  
He dicho ya que veremos.
- SEVERO. ¡Por vida del rey de bastos!
- LUIS. Vuélvase usted á la aldea,  
(Con ademan despreciativo.)  
y en otra ocasion...
- SEVERO. ¡Canario!
- LUIS. ¡En España todos quieren  
empleos! ¡Esto es un pasmo!
- PAUL. ¡Sin instruccion!...
- SEVERO. No señora,  
que yo la tengo en el ramo,  
y puede ser consejero  
quien es un buen cirujano.
- LUIS. Ea, basta de polémica.
- SEVERO. Antes muchos agasajos  
cuando nos necesitaba...  
ahora nos tira los trastos  
á la cabeza.
- LUIS. ¡Silencio!
- SEVERO. Me está muy bien empleado.  
Esto gana quien secunda  
los planes de los ingratos.  
Si estuviera usted en el pueblo. (Amenazándole.)
- LUIS. ¡No hay que levantarme el gallo!
- SEVERO. ¡Voy á armar una que se oiga  
en Carabanchel de abajo!
- PAUL. No le dará á usted tan fuerte.  
Y recuerde bien su adagio:  
«Esto le pasa á cualquiera.»
- SEVERO. Cargue con usted el diablo.  
(Sale furioso por el foro.)

## ESCENA XI.

LUIS, PAULINA, EMILIA, y RICARDO.

- PAUL. ¡Qué gente mas importuna!
- EMIL. Ya ves tú, de un mata-sanos  
¡qué otra cosa ha de esperarse?
- PAUL. Dices bien; son unos sándios.

- RIC. (Riéndose de SEVERO, que habrá encontrado.)  
Luisillo, vaya un apunte...  
¡qué figura de retablo!  
¡Ah! Que sea enhorabuena.
- LUIS. ¡Sabes?...
- RIC. Sí, que eres padraastro,  
digo, padre de la pátria.
- LUIS. Con tal motivo preparo  
un refresco.
- RIC. ¡Muy bien hecho!
- PAUL. Esta tocará el piano.
- EMIL. Y de paso nuestra boda  
se hace pública.
- RIC. Lo aplaudo.
- LUIS. Vá á ser una cosa espléndida.
- PAUL. Luis, no te metas en gastos,  
mira que apenas tenemos  
para lo mas necesario...
- LUIS. Yo cuento con que el gobierno...  
Ya ves, siendo diputado  
se arreglarán mis asuntos,  
y habrá para todo... ¿Estamos?
- RIC. (Dios aprieta, mas no ahoga.  
Luis me dará un buen bocado  
del festin del presupuesto,  
ahora que tiene del mango  
la sartén.)
- LUIS. Conque...
- RIC. (Sacando la petaca.) Si usía  
lo permite... (En tono de broma.)
- PAUL. (Gozosa.) ¡Qué muchacho!
- LUIS. (Tomando el cigarro.)  
Sí, tengo ese tratamiento.
- RIC. Por todos cuatro costados.
- LUIS. Ahora es casi indispensable  
renovar el mobiliario.
- EMIL. Sí, porque este es muy antiguo.
- PAUL. Y feo.
- EMIL. Mucho.
- RIC. No tanto.
- EMIL. Me pondrás un saloncito

á lo Luis quince, con raso  
y oro.

LUIS. Tendreis dos carruajes.

EMIL. Y yo montaré á caballo.

PAUL. Voy á encargar las targetas.

EMIL. Hacen falta tres criados.

VOZ. (Dentro.) ¡El extraordinario!

LUIS. ¡Vaya!

EMIL. ¡Y un groom!

VOZ. (Dentro.) ¡El extraordinario!

LUIS. ¿Pues qué ocurrirá de nuevo?

RIC. Si se habrán echado al campo...

LUIS. Pronto saldremos de dudas.

(Va á salir y aparece D. SEVERO.)

RIC. ¡Ya vuelve este ciudadano!

## ESCENA XII.

Dichos y D. SEVERO.

SEVERO. (Con un papel impreso en la mano.)  
Don Luis, con gran alborozo  
y extraordinario contento,  
le traigo aquí un documento  
que va á llenarle de gozo.  
Por dos cuartos le he comprado.

RIC. (A LUIS.) Lee.

LUIS. (Coge el papel.) Me causa recelos...

(Después de leer.)

¡Disueltas las Córtes!

PAUL. y EMIL. ¡Cielos!

SEVERO. Ya no es usted diputado. (Con intencion.)

RIC. Hubo crisis...

LUIS. ¡Suerte fiera!

PAUL. ¡Qué vamos á hacer ahora!

SEVERO. ¡No hay que asustarse, señora! (A LUIS.)  
Eso... le pasa á cualquiera.

LUIS. Aparte usted.

SEVERO. Ahora habrá  
elecciones, lo repito,  
y usted que es en el distrito



- tan conocido... ¡já, já!
- LUIS. ¡Don Severo!
- SEVERO. La alegría  
me tiene medio alelado,  
al ver que ya estoy vengado  
cuando ménos lo creía.
- LUIS. Salga usted, que mi paciencia  
se acaba.
- SEVERO. (Con sorna.) ¡No se alborote!  
Conque... Severo Pelote,  
besa la mano á vucencia. (Sale riéndose.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ménos SEVERO.

- LUIS. ¡Adios, dorada ilusion!
- RIC. ¡No hay otro caso en la tierra!
- LUIS. ¡Un ministerio que cierra  
las Córtes!
- RIC. ¡Qué aberracion!
- LUIS. ¡Cómo ha de andar el país!
- PAUL. ¡Pero si no me lo explico!
- RIC. (Por dicha Ricardo es rico.)
- RIC. (Por fortuna es rico Luis.)
- LUIS. (Yo le haré pagar su escote.)
- RIC. (La boda me hará dichoso.)  
Emilia...
- EMIL. ¡Serás mi esposo?
- RIC. ¡Lo dudas? (Tiene buen dote.)
- PAUL. En fin, en esta ocasion  
hemos quedado...
- LUIS. ¡Sí á fé!
- PAUL. ¡Qué España! ¡Vamos, no sé!...
- RIC. ¡Si esto causa admiracion!
- LUIS. Y la verdad, nõ hay razones  
para mostrarse admirados,  
porque tales resultados  
dan bastardas ambiciones.  
Hoy todos creemos ser  
buenos y aptos para todo.



¡De cuán diferente modo  
era la España de ayer!  
En Cádiz, con heroísmo  
era la patria aclamada...  
Hoy, ¿qué representa? Nada,  
fuera de nuestro egoísmo.  
Ya no queda ni un destello  
de tanta magnificencia,  
por eso tal diferencia  
se observa entre Esto y AQUELLO.

FIN.



## CUATRO PALABRAS.

---

Todas las personas y todas las cosas tienen su historia, más ó ménos larga, más ó ménos interesante; la de la presente obra, si bien es corta, no deja de ser bastante original, y vamos á relatarla, porque así cumple á nuestro buen nombre y á nuestros intereses.

El autor concibió el pensamiento moral que en ella predomina, en un día de elecciones, al ver que la felicidad ó la desgracia del país depende de un voto vendido por un elector, tal vez contra su conciencia, impulsado por la necesidad ó por la ambicion.

En la noche del 5 de Febrero del presente año, vió coronados sus esfuerzos con la representación de la obra, la cual tuvo lugar en el teatro Salon Eslava, ante una concurrencia tan numerosa como escogida, contándose entre ella muchas eminencias políticas, militares y académicas.

Desde las primeras escenas dió á entender que habia comprendido la idea del autor, por medio de espontáneos y nutridos aplausos, entre los que descolló un tan rápido como agudo silvido, lanzado á no dudar por los lábios de algun.... aplique el lector el calificativo que le merezca un acto tan poco culto, que, como era de esperar, produjo la indignacion del público, el cual protestó con un aplauso mucho más entusiasta que los anteriores, sin que el *silvante* ó *silvador* volviese á decir: «este pito es mio.»

Terminado el primer cuadro, el público quiso conocer el nombre del autor, quien por entonces creyó oportuno guardar el incógnito, como así anunció un actor, sin que

por esto se diera aquel por satisfecho, insistiendo por largo rato en su anterior deseo y llamándole á escena con más calor.

Bajo tan buena impresion empezó el acto segundo, el cual fué oido en medio de la mayor hilaridad y con las mismas demostraciones de satisfaccion y aplauso que el anterior, lo cual obligó al autor á presentarse un momento en escena, despues de haber sido llamado con insistencia.

Esto no lo decimos guiados por el amor propio para encarecer la bondad de la obra, sino para que el público, estando en antecedentes, aprecie los motivos que ha habido para que fuera retirada de escena á la segunda noche de su representacion.

Pocos momentos antes de levantarse el telon para verificarse esta, se hizo saber al autor por la Empresa que habia suprimido en el primero y segundo cuadro varios versos, precisamente los que más aplaudidos fueron en la noche anterior, á lo que aquel se opuso de una manera enérgica y terminante, insistiendo repetidas veces en que se avisara á los actores para que representasen la obra tal y conforme lo habian hecho en la noche de su estreno, pues de otro modo serian defraudadas las esperanzas del público y rebajada la dignidad del autor, mostrando al mismo tiempo una ingratitude harto censurable con las personas que habian tenido la dignacion de aplaudirlos. Todas estas observaciones fueron desatendidas, y no sólo no se dió el aviso á los actores segun era la voluntad del autor, sino que fué amenazado con que la obra seria retirada de escena, de no consentir este en dichas supresiones.

Debemos consignar, en honor de la verdad, que la Empresa hizo uso en tal ocasion de la amabilidad y buenas formas que la distinguen, impetrando los fueros de la antigua amistad con el autor, quien á pesar de todo creyó que no debia ceder en aquella cuestion de dignidad.

Los carteles de dicho teatro anunciaron otra funcion distinta el dia 7; esto es, la amenaza ya era un hecho; el drama-sainete de costumbres electorales titulado «Esto y Aquello,» habia sido muerto á mano airada para el teatro Eslava por la misma Empresa.

Ahora bien, ¿qué objeto pudo guiarla al suprimir los siguientes versos que dice el alcalde en el cuadro primero hablando de José Bonaparte?

Aquí pica mucho el sol,  
y es muy dura nuestra ley  
para tolerar á un rey  
que no sepa el español.

¿Quiso significar que estas palabras pueden tener aplicación á algún personaje de la época actual?

¡No por Dios vivo! Porque los españoles debemos darnos de cabezadas contra un guijarro para que el cielo conserve la vida del amado monarca que afortunadamente rige los destinos del país. Además que, según hemos oído, aun cuando no tenemos el gusto de conocerle más que de nombre y por el busto de las monedas, el personaje que pudiera creerse aludido se va soltando ya en el idioma de Cervantes.

Esto suponiendo que lo tome por tal estilo, porque bien pudiera ser que fuera por lo de *que pica el sol*, y tratándose del día del estreno, en que señalaba el termómetro dos bajo cero y además era de noche, pudiera constituir un delito de lesa astronomía.

Pasemos al cuadro segundo.

En una de sus escenas, un señor D. Luis, que se supone ha gastado algunos céntimos para tener el derecho de sentarse en los escaños del Congreso, alimentando una ambición que en los tiempos que corren no es exagerada, dice:

.....  
hago un discurso  
sobre la cola de un perro.  
Y aunque esto son nimiedades,  
yo seré ministro al cabo,  
si llevo á probar que el rabo  
es del perro de Alcibiades.

¿Qué *cola* puede traer este *rabo* que haya hecho necesaria la supresión de dichos versos?

¿No se puede admitir que cualquier diputado de imagi-

nacion fogosa haga una elucubracion sobre la cola de un perro, que al fin es el amigo del hombre, cuando no una *cola*, sino unos cuantos *pelos* pueden elevar á alguno á donde pretende elevarse nuestro D. Luis?

Recordemos que á la fortuna se la coge por los pelos.

Despues de lo dicho, conste, que la obra no se ha retirado por inmoral, ni subversiva, ni por falta de público en sus dos representaciones, ni por mal éxito, que ha sido altamente lisonjero, sino por un golpe *ab irato* contra quien no ha querido sacrificar su dignidad de autor á sus intereses.

Madrid 8 de Febrero de 1873.



Véndese en la librería de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, en casa de todos los corresponsales de esta GALERÍA y principales librerías de la Península.